

oírle hablar de su matrimonio como de un vil mercado en que de parte de ella sólo había habido necesidad y cálculo! ¡El, que pronto haría quince años que trabajaba leal, heroico, para cumplir la promesa hecha á su primo, ser acusado por ella de mal administrador! La cogió con ambas manos por los brazos desnudos y la sacudió, diciendo en voz baja, como si temiese que el estrépito de sus palabras le enloqueciera á él mismo:

—¡Desgraciada! ¡Cállate, no me vuelvas loco!

Pero ella se había levantado también, se había soltado, balbuciente de cólera y de dolor, sintiendo los tornillos con que la había oprimido, viendo sus brazos, tan delicados, tan blancos, con círculos rojos.

—¡Y ahora me pegas, granuja, brutal! ¡Ah, me pegas, me pegas!

Y adelantaba el rostro hermoso demudado por la rabia y escupía su desprecio, muy de cerca, en la cara de aquel hombre que hubiera querido desgarrar. Jamás le había aborrecido tanto, ni le había irritado más su figura fornida de perro dogo. El rencor añejo le subía á la boca con el anhelo de algún insulto irreparable, para concluir. Y su crueldad buscaba la herida emponzoñada, la que más le hiciera gritar y padecer.

—¡No eres más que un animal, no eres capaz de dirigir un taller de diez hombres!

El singular insulto le produjo una risa convulsiva; tan estúpido y pueril era aquello; esta risa acabó de arrojarla á una exasperación tal, que llegó á delirar. ¿Qué decirle para que el golpe fuera mortal y cesara de reír?

—Si soy yo quien te ha hecho; sin mí no hubieras sido ni un año director del Abismo.

Reía él con más fuerza.

—Estás loca, hija mía; dices tales disparates, que ya ni me hieren.

—¡Ah! ¿conque digo disparates? ¡Ah! ¿conque no has conservado tu plaza, gracias á mí?

La confesión le había subido á la garganta de pronto. ¡Decirle en la cara de perro, á gritos, que no le había querido jamás, que era querida de otro! Esta

era la puñalada que le apagaría la risa. ¡Qué desahogo, qué consuelo, cómo iba á saborear terrible y feroz voluptuosidad en el desastre de su vida que crugía bajo ella! Una vez más pasó la visión de Ragú; lanzó un grito de gozo abominable y se arrojó ella misma al abismo.

—Para que veas que no disparato, has de saber que duermo con tu Boisgelin hace doce años.

Delaveau, al principio, no comprendió. De un voleo, le había azotado el rostro la injuria atroz que le aturdió.

—¿Qué es lo que dices?

—Digo, que duermo con tu Boisgelin hace doce años; y puesto que ya no hay nada, pues que todo se hunde, pues bien, ¡sí, señor, hemos concluido!

Apretados los dientes, balbuciente, delirando á su vez, se había lanzado sobre ella, la había vuelto á coger por los brazos, sacudiéndola, arrojándola sobre una butaca. La desnudez provocativa del seno y de los hombros que lucía entre encajes, hubiera querido él pulverizarla á puñetazos, aniquilarla, para que no le insultase ni le torturase más. Se desgarraba por fin el velo de tan larga credulidad; veía, adivinaba. Jamás le había amado, su existencia junto á él nunca había sido más que hipocresía, engaño, mentira y traición. De esta mujer tan hermosa, delicada, exquisita, que adoraba, que deseaba con corazón idólatra, salía de pronto la loba, con furor sombrío, con la brutalidad de los instintos. Veía nacer en ella lo que había ignorado tanto tiempo; la corruptora, la envenenadora que lentamente todo lo había corrompido en torno de él; carne de traición y de crueldad, cuyo placer se hacía de las lágrimas y la sangre de los demás.

En el estupor con que luchaba, aún fué ella quien le injurió.

—¿Conque á puñetazos? ¡bruto! ¡Bien, bien, á puñetazos, como tus obreros cuando están borrachos!

Entonces, en medio del terrible silencio, Delaveau oyó los golpes acompasados del martillo-pilón, aquel latido del trabajo que sin descanso mecía sus días y sus noches. Venía de muy lejos, como una voz cono-



cada cuyo claro lenguaje acababa de contarle la espantosa aventura. Toda la riqueza que aquel martillo había forjado, ¿no era Fernanda quien la había devorado con sus dientes menudos de esmalte inalterable? Esta idea de fuego le dominaba; era ella la causa del desastre de los millones malgastados, de la quiebra inevitable y próxima. Mientras él se sacrificaba, trabajando dieciocho horas al día para salvar el mundo viejo, ruinoso, ella roía el edificio. Y vivía allí, á su lado, tan tranquila, amable y sonriente, y era el veneno, la destrucción; se lo minaba todo paralizándolo su esfuerzo. Sí, allí estaba la ruina, siempre á su lado, en la mesa, en el lecho, y él no la veía; y todo lo habían pulverizado aquellos dientes blancos. Recordó las noches en que volvía ella de la Guerdache, ebria de caricias del amante, de vino, de baile, de dinero arrojado á manos llenas, cuando fermentaba su embriaguez sobre la almohada conyugal, mientras él, inocente, imbécil, tendido junto á ella, los ojos abiertos en lo oscuro, se torturaba el cerebro para salvar el Abismo, sin rozarla con un beso por no turbar su sueño. Este horror supremo, el furor loco, le hizo gritar:

— ¡Vas á morir!

Se irguió ella en la butaca, apoyándose en los codos, desnudo el pecho, adelantando el divino rostro, bajo el casco negro de su admirable cabellera.

— ¡Sí, eso, lo quiero; estoy harta de ti, de los demás, de mí misma, y de la vida! Para vivir pobre, prefiero morir.

El, cada vez más loco, repitió rugiendo:

— ¡Vas á morir! ¡Vas á morir!

Buscaba; daba vueltas por el aposento; no tenía armas. Ni un cuchillo, no más las manos para estrangularla. Y luego él, ¿qué haría? ¿Resignarse á vivir? Un cuchillo hubiera servido para los dos. Vió ella su vacilación de un segundo, y se creyó triunfante, pensando que no tendría valor para matarla. Se echó á reír á su vez, con risa de ironía insultante.

— ¡Vamos, vamos! ¿Pero no me matas? Mátame, pues; mátame si te atreves.

De pronto se fijó en la chimenea de palastro, en

que ardía tal hoguera de cok, que ya la estancia parecía como incendiada. Una locura repentina se lo hizo olvidar todo, hasta su hija, su Nisa adorada, que dormía en paz, arriba en su cuartito, en el segundo piso.

¡Oh, acabar él también, aniquilarse en el fondo de este horror, de este furor que le arrebataba! ¡Oh, llevar á esta mujer execrable á la muerte y sucumbir con ella, no vivir más.

Seguía ella azotándole con su risa y su desprecio.

— ¡Mátame, anda, mátame! ¡Eres muy cobarde para matarme!

Sí, sí, quemarlo todo, destruirlo todo, un incendio inmenso en que desaparecieran la casa y la fábrica; la ruina total, la que habían querido esta mujer y su amante imbécil. ¡Gigantesca hoguera en que él mismo caería hecho ceniza con la perjuradora voraz y envenenadora, entre los escombros humeantes de la vieja sociedad muerta, que él, necio, había defendido!

Dió un terrible puntapié, volcó la estufa, la arrojó en medio de la estancia, repitiendo:

— ¡Vas á morir! ¡Vas á morir!

Las brasas se esparcieron por la alfombra en una capa roja. Algunas habían rodado hasta una ventana. Las cortinas de cretona ardieron primero, también la alfombra. Después los muebles, las paredes se inflamaron con la rapidez del rayo. La casa, de construcción ligera, ardía chisporroteando y humeando como charasca.

Fué aquello entonces espantoso. Fernanda, horrorizada, se había levantado recogiendo las faldas de seda y encaje, buscando la salida por donde las llamas no la alcanzaran todavía. Se precipitó hacia la puerta que daba al vestíbulo, segura de que tendría tiempo de escapar llegando de un brinco al jardín. Pero ante la puerta encontró á Delaveau, cuyos puños le cerraban el paso. Le vió tan terrible, que se lanzó hacia la otra puerta, la que daba á la galería de madera que conducía á la fábrica. Ya no era tiempo de huir por este lado; la galería ardía con un tiro de chimenea que amenazaba las oficinas. Volvió al medio de la estancia, ciega, sofocada, tropezando, loca de rabia



al sentir que su vestido y el cabello suelto ardían ya sobre los hombros desnudos, acribillados de quemaduras; y con aliento de agonía, con voz de espanto, gritaba:

— ¡No quiero morir, no quiero morir! ¡Déjame pasar, asesino, asesino!

Otra vez se había lanzado hacia la puerta del vestíbulo, y quiso forzar el paso arrojándose sobre su marido, siempre allí en pie, inmóvil en su voluntad feroz. Ya no hablaba, sólo repitió sin violencia:

— ¡Te digo que vas á morir!

Le clavaba ella las uñas y tuvo que cogerla llevándola otra vez al medio de la estancia convertida en hoguera. Hubo una lucha atroz, se defendía ella con una fuerza declupada por el miedo de la muerte; buscaba las puertas, las ventanas, con ansia instintiva de animal herido; mientras él la mantenía entre las llamas en que quería morir con ella para que nada quedase de su abominable existencia. Apenas bastaban sus brazos sólidos; las paredes se abrían y por diez veces más la separó de las salidas. Por fin la sujetó; la aplastó en un último abrazo, él que la había adorado, que tantas veces la había cogido y poseído así. Juntos cayeron entre las brasas del suelo; las colgaduras acababan de consumirse como teas, de las maderas llovían tizones ardiendo. Aunque le mordió, no la soltó, la llevaba consigo á la nada, abrasados uno y otro por el mismo fuego vengador. Y todo acabó; el techo se hundió sobre ellos al desplomarse las vigas encendidas.

En la Crêcherie, aquella noche, Nanet, que hacía su aprendizaje de ingeniero electricista, salía del cuarto de las máquinas cuando notó hacia el Abismo una gran claridad roja. Creyó primero que eran llamaradas de los hornos de cementar. Pero la claridad aumentaba; y de repente comprendió: era la casa del director, que ardía. En brusca sacudida, le hirió la idea de Nisa; echó á correr como un loco; chocó con la pared que ambos en otro tiempo saltaban con tanto brío para encontrarse, y también ahora la saltó, sin

saber cómo, ayudándose con pies y manos. Se encontró en el jardín, solo todavía, pues no se había dado la voz de alarma. Sí, sí, era la casa que ardía, y lo espantoso era que iba el incendio desde el piso bajo al tejado como enorme hoguera, sin que dentro se moviera nadie. Las ventanas segulan cerradas, no se abría la puerta, que ya ardía, sin permitir salir ni entrar. Nanet creyó oír sólo grandes gritos, una lucha de terrible agonía. Por fin las persianas de una de las ventanas del segundo piso se abrieron con violencia, y apareció Nisa entre el humo, blanca toda, sin más que la camisa y unas enaguas. Pedía socorro y se inclinaba hacia fuera aterrada.

— ¡No tengas miedo! ¡No tengas miedo!—gritó Nanet como loco.— ¡Ya subo!

Había visto una gran escalera tendida á lo largo de un cobertizo. Pero al cogerla, notó que la sujetaba una cadena. Fué un minuto de angustia, terrible. Cogió una piedra grande, y con todas sus fuerzas, golpeaba los eslabones para romperlos. Bramaba el fuego; todo el primer piso ardía, con tantas chispas y humo, que á ratos, Nisa desaparecía. Oía sus gritos, cada vez más locos, y él golpeaba, golpeaba, gritando también:

— ¡Espera, espera; allá voy!

Se rompió la cadena y pudo coger la escala. Nunca pudo comprender, más tarde, cómo había logrado ponerla derecha. Fué un prodigio; la arrimó á la pared, bajo la ventana. Vió entonces que era corta, y su desesperación fué tal, que él mismo, un instante, vaciló en su bravura de héroe de dieciséis años, resuelto á salvar á aquella niña de trece, su amiga. Perdía la cabeza; ya no sabía qué hacer.

— ¡Espera, espera! No importa. ¡Allá voy!

En aquel momento, una de las doncellas salía por la ventana de su buhardilla, que daba al tejado, y se agarraba al borde del canalón; y loca de espanto, creyendo que las llamas ya la cogían, se lanzó al aire y vino á aplastarse cerca de la escalinata, abierto el cráneo, muerta del golpe. Nanet, trastornado con los gritos de Nisa, cada vez más terribles, creyó que iba á saltar también. La vió sangrienta á sus pies, y lanzó un grito formidabile:



— ¡No saltes, allá voy!

Y á pesar de todo, subió por la escala, y al llegar al primer piso, envuelto en llamas, entró por una de las ventanas, cuyos vidrios habian estallado por la fuerza del calor. Ya llegaba socorro, mucha gente estaba ya en la carretera y en el jardín. Hubo entre la multitud algunos minutos de horrible ansiedad, esperando aquel salvamento de una niña por un niño tan locamente bravo. El fuego crecía, crujían las paredes, la misma escala parecía arder, vacía, apoyada en la fachada, donde no reaparecían ni el muchacho ni la niña. Por fin, volvió él; la traía al hombro, como un cordero. Había podido, en aquel gran horno, subir un piso, cogerla y bajar; pero sus cabellos se arrugaban chamuscados, la ropa ardía, y cuando se dejó resbalar, más bien que descender, hasta el pie de la escala, con su carga querida, ambos estaban cubiertos de quemaduras, desvanecidos el uno en brazos del otro, unidos con abrazo tan estrecho, que hubo que llevarlos juntos á la Crécherie, donde Sœurette, avisada al punto, vino á servirles de enfermera.

Media hora más tarde, la casa se hundía, no quedaba piedra sobre piedra. Y era lo peor que el incendio, después de haberse comunicado por la galería á las oficinas de la administración, ya alcanzaba á los cobertizos próximos, y devoraba el gran taller de los hornos de pudelar y de los laminadores. La fábrica entera estaba amenazada, el fuego hacía estragos en aquellos edificios viejos, casi todos de madera, tan estrópeados y calcinados. Se decía que la otra criada de los Delaveau, habiendo podido escapar por la cocina, había avisado á las cuadrillas de noche, que habian acudido desde el Abismo. Pero los obreros no tenían bombas. Y hubo que esperar á que los de la Crécherie, conducidos por Lucas mismo, viniesen fraternalmente en socorro de la fábrica rival, con la bomba y el servicio de bomberos, una de las creaciones de la Casa Comunal. Los bomberos de Beauclair, muy mal organizados, llegaron después. Era demasiado tarde; el Abismo ardía de un extremo á otro de sus construcciones sórdidas; en varias hectáreas era una hoguera

inmensa que sólo dominaban las altas chimeneas y la torre de templar los cañones.

Al amanecer, después de aquella noche desastrosa, habia grupos todavía delante de los focos mal apagados, bajo el cielo lívido y helado de Noviembre.

Las autoridades, Châtelard, Gourier, no se habian separado del lugar del siniestro. Y con ellos estaba Gaime, y su yerno el capitán Jollivet. Marle, el cura, avisado muy tarde, no vino hasta el ser de día, seguido pronto de una ola de curiosos, burgueses, tenderos, los Mazelle, los Laboque, los Caffiaux y el mismo Dacheux. Un viento de terror pasaba, todos charlaban en voz baja. Había el ansia de saber de qué modo habia podido producirse tal catástrofe. Sólo quedaba un testigo, la criada que habia podido huir, y contaba que la señora habia vuelto de la Guerdache un poco antes de media noche: en seguida habia habido mucho ruido de voces, después habian aparecido las llamas. Se escuchaba, se repetía la historia á media voz, y los íntimos adivinaban el espantoso drama. De seguro, como lo decía la criada, el señor y la señora habian muerto en aquel horno. Creció el horror al ver llegar á Boisgeln, á quien hubo que ayudar á bajar del coche, desfallecido y pálido. Le dió un síncope; el doctor Novarre tuvo que cuidarle ante aquel campo lleno de ruina, donde humeaban los restos de su fortuna, y donde los huesos de Delaveau y de Fernanda acababan de caer hechos ceniza.

Lucas, en tanto, dirigía las últimas maniobras de sus hombres, para apagar el taller del martillo-pilón, que seguía ardiendo. Jordán, envuelto en una manta, se obstinaba en seguir allí á pesar del mucho frío. Bonnaire, que habia acudido de los primeros, se habia señalado por su valor, salvando lo que habia podido de máquinas y útiles, dejando su parte al fuego. Bourron, Fauchard, todos los antiguos obreros del Abismo, pasados á la Crécherie, le ayudaron con abnegación en aquel terreno tan conocido de ellos, donde habian padecido tantos años. Pero era como un destino furioso que bramaba cual huracán; todo era arrastrado, barrido, aniquilado, á pesar de sus esfuerzos. El fuego vengador, purificador, habia caído como el rayo;



arrasaba el campo entero y lo limpiaba de escombros con que lo había obstruido la caída del mundo viejo. Ahora la labor estaba hecha; el horizonte libre, á lo infinito, y la ciudad naciente podía empujar la ola vencedora de sus casas hasta el extremo de las vastas llanuras.

En un grupo se oyó á Lange, el alfarero, el anarquista, que decía con voz ruda y alegre:

—No, no; no he tenido el honor de ser yo quien prendió fuego; pero no importa, es una hermosa tarea. Y tiene gracia que los patronos nos ayuden, tostándose ellos mismos.

Hablaba del fuego, y el espanto del fuego era tan profundo, que nadie le hizo callar. La multitud se volvía á las fuerzas victoriosas; las autoridades de Beauclair felicitaban á Lucas por su abnegación; los comerciantes y la baja burguesía rodeaban á los obreros de la Cr cherie y se ponían abiertamente de su parte. Lange tena razón; hay horas trágicas en que las sociedades caducas, enloquecidas, se arrojan á la hoguera. Y bajo el cielo gris de aquella fábrica del Abismo, tan negra, tan triste, donde el salario haba respirado agonizante, en las últimas horas del trabajo deshonrado y maldito, no quedaban más que algunas paredes ruinosas sosteniendo los esqueletos de los tejados, por encima de los cuales sólo se levantaban, inútiles y lamentables, las altas chimeneas y la torre de templar los cañones.

Aquella mañana, hacia las once, cuando el sol se haba decidido   presentarse, límpido, pasó el señor Jerónimo en su cochecillo, que empujaba un criado, Daba su paseo habitual; acababa de seguir el camino de Combettes,   lo largo de la fábrica y del pueblo creciente de la Cr cherie, tan animados, tan alegres, en aquel tiempo seco y de buen sol. Y ahora contemplaba el campo de la derrota, el Abismo asolado, destruido bajo la violencia justiciera de las llamas. Mucho tiempo estuvo mirando, con sus ojos vacios, claros, de una transparencia de agua de manantial. Ni una palabra, ni un gesto; mir  simplemente y siguió, y nada decía s  haba visto y comprendido.



LIBRO TERCERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

En la Guerdache, el golpe fué terrible. De la noche   la mañana, aquella mansión de lujo y de placer que resonaba con fiestas continuas, ca a en la ruina. Hubo que suspender una partida de caza, antes que renunciar á las grandes comidas de los martes. El numeroso personal iba á ser despedido en masa, se hablaba ya de la venta de los coches, de los caballos, de la jauría. En los jardines, en el parque, haba cesado la vida bulliciosa, la afluencia sin fin de visitantes. La vasta mansión misma, los salones, el comedor, el billar, el fumadero, no eran más que desiertos donde vibraba el viento del desastre. Morada en que haba caido el rayo, que agonizaba en la súbita soledad de la desgracia.

Y   través de esta infinita tristeza, Boisselin paseaba su sombra lastimosa. Perdido el juicio, descompuesto, aniquilado, pasaba días espantosos, no sabiendo qué hacer de su cuerpo, vagando como alma en pena, entre las ruinas de sus placeres. No era en el fondo más que un pobre diablo, hombre de caballo y de círculo, mediocre, amable, de hermosa estampa, correcta altanería, el monóculo en un ojo; pero todo ello tena que venir   tierra al primer soplo trágico de la verdad y de la justicia. Hasta entonces, sólidamente instalado en el placer, convencido de que se le d  sin haber hecho jams nada con sus diez dedos,